

Jean Aristeguieta, mensaje poético

Elite, 1951-10-27.

Guasipati es un pueblo de apenas millar y medio de habitantes. Es cabeza del distrito de Roscio, en el Estado Bolívar. El municipio alcanza a casi cuatro veces más; pero es poco hombre para tanta tierra. Guasipati vive al pulso lento de las grandes soledades. Sin embargo, el pueblo ha vivido también épocas de agitación febril. De Guasipati a El Callao hay unos 25 kilómetros. Los fracasos y las alegrías de El Dorado han llegado siempre frescos por el cauce del Yuruari. Será por eso que algunas casonas tienen los muros cuarteados, rotas las escuadras de las ventanas, torcidos los goznes de las puertas, que se lamentan al abrir y al cerrar. Es como si hubieran vivido el calofrío de las fiebres, que resquebrajan los cuerpos y dejan en el alma una impresión casi dulce de laxitud.

Jean Aristeguieta, la poeta (¡poetisa no!) de cuerpo menudo, cabellos de oro, nariz respingada y un par de hoyuelos que no se parece a ningún otro par, nació en una casona así. Le llevaron a Ciudad Bolívar cuando apenas tenía seis años, y no ha vuelto más a Guasipati; pero en estas páginas medio en blanco de los primeros recuerdos han quedado grabados algunos que son casi un símbolo que vive estremecido en la prosa hechizada de su poesía. Jean recuerda de Guasipati el piso de madera crujiente, con un lamento misterioso, de la casona donde nació; recuerda las grandes soledades de que se llenaban sus ojos recién abiertos; el rumor suave del viento, que a veces silbaba en el alero con inflexiones que traían mensajes de una extraña angustia. Jean guarda aún en el fondo del alma el piar dulce de los pájaros que se posaban en la poma-laca del jardín, lleno de la fragancia que esparcían sus florecitas rojas.

De Guasipati, a Ciudad Bolívar. Las primeras disciplinas escolares en el Colegio "Santa Teresa", regentada entonces por una mujer inteligente que Jean recuerda con mucho cariño: la señora Isabel Salom. A esta alumna menudita, de ojos claros y pelo amarillo se le tenía por buena estudiante. Pero era un poco arisca, independiente, voluntariosa. Jean recuerda que no le gustaba reunirse con los demás, gozar de ese compañerismo que alterna los reproches con los besos, sin transición. La futura poeta buscaba la soledad con el gesto huraño de quien se basta a sí mismo para llenar el vacío del alma con una cabeza repleta de sueños. Parece la semilla de un gesto pretencioso y egoísta. Pero es un signo de personalidad. Jean trata de justificar el egoísmo en Arte y lo consigue. Puede que en detrimento de la humana generosidad enmarcada en lo social, pero con aspiraciones de ser generosa en Arte para los demás. Y es verdad que el artista debe a veces desafiar los convencionalismos que ahogan el estro en una maraña de absurdos aceptados como ley. Jean es algo así como un gesto de rebeldía constante. Si ha acertado o no en la postura es cosa de tiempo, de perspectiva.

A los 14, Jean tiene otro gesto de independencia: empieza a trabajar. En cuanto apunta la mujer nace el deseo de bastarse a sí misma. El recinto estrecho de una oficina no es vitrina cómoda de sueños ni de aspiraciones; pero es un resquicio por donde se

vislumbra el fardo tentador de la responsabilidad juvenil. Y con ese peso sueña muchas veces la juventud; aunque después le abrume el esfuerzo de los primeros tanteos. Cuatro paredes no son un encierro para la imaginación, y Jean se lanza a la aventura nueva de soñar con viajes. A la chiquilla de pelo amarillo y nariz enfadada le han nacido alas. Alas cortas, alas de provincia. Y la cabecita llena de sueños se impone la meta "lejana" de la capital.

Cuando llega a Caracas en 1939, aún no ha leído un libro entero ni ha escrito una línea. Su extraordinaria sensibilidad por la belleza vive dentro en una cadena de emociones que le atan a su "yo", celosa de esas nuevas sensaciones que se imagina sola en experimentar. Cuando regresa a Ciudad Bolívar, dos meses después, conoce el mar, cree haber descubierto la ciudad, y se siente misionera de sus mensajes a la provincia. Empezar a escribir, siempre es una experiencia que descorazona un poco; y le entran a uno más y más ganas de leer, le desquicia a uno el ansia de captar en otros escritos el secreto del conocer y del saber decir. Y con las primeras letras de su mensaje poético, Jean comienza a leer. Estas primeras preferencias por la lectura, cuando se tiene dónde elegir, quieren decir algo. Jean empezó por la Biblia, no me puedo explicar por qué. Después leyó el Quijote, El Siglo de Oro y El Mundo de Siete Pozos. En este tiempo escribió algunos poemas. El primero en publicarse fué uno aparecido en El Heraldo: "Alma Mía Viajera". Un año después quiso probar en un concurso capitalino, y obtuvo una mención honorífica. Este fué, en realidad, el momento que decidió la vocación de Jean. Le invitaron a asistir al acto de entrega de premios y menciones; y llegó a tomar posesión de algo que había conquistado con esfuerzo: un pedazo en el terreno movedizo del nombre literario.

En 1948 viajó a Europa. Le acompañaba otra poeta: Conie Lobell. Las directoras de ese magnífico esfuerzo que representa "Lírica Hispana" visitaron Francia y Suiza. Y ambas quedaron enamoradas de Paris. Para esta época, Jean había publicado: "Alas en el Viento" (1942), "Tránsito y Vigilia" (1945), "Memoria Floral en VII Cantos por el Alma de Teresa de la Parra" (Primer premio en el Concurso de la Revista "Lírica Hispana", 1947) y "Poema de la Llama y del Clavel" (1948). A su regreso nos trajo "Poesía-Amor de Europa", editado en 1950, y que va por la tercera edición. Acaba de publicarse "Las Puertas del Secreto", un libro de poemas que ha sido premiado en el Concurso Femenino Venezolano promovido por la Asociación Cultural Interamericana. Tiene actualmente en prensa: "Poesía, me hundo en tu fiebre". Ya ha sido recorrido un buen trozo del camino agri-dulce de la creación literaria, pero la obra de Jean es una realidad con promesas, le queda un camino que recorrer. Y ella quiere avanzar sola, con esa indomable energía con que se aisló en la escuela y ha venido desbrozando caminos nuevos. Eso es cosa difícil. Pero yo creo de Jean cualquier cosa que esté fuera de lo común. A uno le sorprende ver a flor de una carita menuda y sonrosada unos ojos de la vitalidad y la energía de los de Jean.

Ella sostiene que darse entero al arte, entregarse por entero a una inspiración, aunque sea a costa de incomprendiones y aislamiento, no significa egoísmo. El místico, el escultor, el soldado, el pintor, el literato, sí son realmente apasionados, puedes cometer otros pecados, pero la falta mezquina del egoísmo no. La entrega total, absoluta,

a alguien o por algo, no significa excesivo amor a sí mismo sino al objeto de su dedicación. Y esta entrega absoluta es generosa.

Si esto es así, Jean Aristeguieta lo es.